

los hombres pacíficos, y alimento al ingenio, que llegó entonces á su mayor altura. El Pireo contenía cuatrocientos bajeles, sin contar los que ocupaban las ensenadas de Muniquio y de Falera, la última de las cuales y el Pireo estaban unidos por medio de una muralla á la ciudad, que ocupaba un espacio de sesenta estadios, circundado de olivares, entre los que serpenteaban el Iliso y el Cefiso. Por los caminos y alrededores no se veían mas que pórticos, pinturas, esculturas, inscripciones, columnas llenas de máximas filosóficas, trofeos de armas cogidas á las Persas, ó á los Espartanos, y tripodes de los vencedores en los juegos. El teatro de Baco admitía hasta trescientos mil espectadores. Once millones de francos invirtió Pericles en la fábrica de los Propileos, magnífico vestíbulo dórico de la ciudadela, lleno de obras de Fídias, de Miron y de Alcaménas: él fabricó también el Partenon dedicado á Minerva, y el Odeon para los certámenes músicos; en suma, el estado de la ciudad justificaba aquellos versos de Lisipo: *Quien no desea ver á Atenas es un insensato: lo es igualmente quien la ve y no la admira; y es mas insensato aun quien despues de haberla visto y admirado la abandona.*

En cuanto al exterior, Atenas haciéndose cada vez mas onerosa para los aliados, acrecentó el tributo, y trasladó desde Delos á su recinto el tesoro comun; lo cual la hizo tomar un carácter mas decidido de metrópoli. Crecian con esto las rivalidades, y Esparta añadía leña al fuego, tanto que Corinto y Epidaurio se levantaron y derrotaron á los Atenenses en Alie; pero estos no tardaron en recobrarse, y sometieron ademas á Egina. Habiéndose suscitado en esta ocasion una contienda entre Corinto y Megara sobre demarcacion de límites, Atenas tomó parte por esta última, y fueron los Corintios derrotados por Mirónides cerca de Cimolia.

Habiendo despues los Espartanos protegido á los Dorios contra los Focenses, se encendió una guerra entre Atenas, Esparta y la Beocia. Á su rompimiento, el desterrado Cimon se presentó al ejército ofreciendo su brazo y sus consejos; pero le fué intimada la orden de retirarse, y un centenar de amigos suyos, de quienes se sospechó que lo favorecian con daño de la patria, lavaron esta sospecha con morir todos combatiendo en Tenagra, donde los Espartanos triunfaron. Al año siguiente Mirónides derrotó en aquel mismo punto á los Beocios, mientras que Tolmídas y Pericles hacian señaladas conquistas, y llevaban el terror hasta los territorios inmediatos á Esparta.

Pericles mismo, al experimentar la primera derrota, propuso que se llamase á Cimon, desterrado hacia cinco años. Este, al regresar á su patria, encontró en armas á toda la Grecia. Esparta acababa de apoderarse de Itome, ahogando en sangre la tercera guerra de los Mesenios, á cuyos restos daba Atenas acogida en su seno; Argos habia destruido á Micénas, antigua cuna de héroes; los Eleos demolian á Pisa, que tenia

la presidencia en los sagrados juegos olímpicos; Atenas hostigaba al Peloponeso que Tolmídas y Pericles acometian por la parte del mar. Cimon propuso un armisticio, que tácitamente aceptado, se convirtió luego en una tregua de cinco años; y para dar otro desahogo al espíritu guerrero, movió guerra á la Persia.

Algun tiempo antes se habia rebelado contra esta el Egipto, expulsando á las guarniciones y á los exactores de tributos, proclamándose independiente. Inaro de Libia, jefe de aquel movimiento, recurrió á los Atenenses, los cuales enviaron en su ayuda los doscientos bajeles armados contra Chipre; y los Persas, vencidos, se vieron obligados á encerrarse en Ménfis. Pero su capitán Megabazo, aprovechándose de los muchos canales, cambió el curso del Nilo, de manera que la armada de los Atenenses quedó en seco. Estos, por no dejarla en poder de los enemigos, la incendiaron, y se disponian á abrirse paso con las armas, cuando lo obtuvieron por medio de un tratado; pero los pocos que sobrevivieron á la batalla y á las enfermedades, perecieron casi todos en la retirada. Los Fenicios echaron á pique ademas otras sesenta naves que se habian enviado de refuerzo.

Resarcíó estos desastres Cimon, á quien la victoria se conservaba fiel, y atendiendo á la importante conquista de Chipre, acometió á Salamina. Entonces Artajerjes, cansado ya de cincuenta años de guerra desastrosa, propuso y obtuvo pactos, en los cuales se convino que todas las colonias griegas de Asia quedasen libres; que las escuadras persas se mantuviesen á la distancia de tres jornadas de la costa occidental; que ninguna de sus naves surcaría el Egeo ni el Mediterráneo; que los Atenenses se retirarian de Chipre y no molestarían mas al gran rey. Tales eran las condiciones que una sola ciudad griega dictaba al imperio mas poderoso.

Cimon no llegó á gozar de esta gloriosa paz que era obra suya, porque murió de resultas de sus heridas. Fué general afortunadísimo en el campo de batalla, y no ménos hábil para ajustar tratados y cautivar la voluntad de los enemigos; rico en virtudes apacibles, benéfico, modesto, cortés, obstinado gloriosamente en lanzar de Europa á los Persas, y en restituir la paz interior á los Griegos; y á su muerte se echó de ver cuánta influencia tenia su autoridad para este objeto.

CAPÍTULO XIII

Guerra del Peloponeso.

Á la manera que, rotos los diques, se desbordan las aguas por ellos contenidas, así á la muerte de Cimon se desbordaron las rivalidades mal encubiertas: faltando el comun enemigo cesó el sentimiento comun que unia á los Griegos; Atenas no fué ya necesaria; y desde la paz de Artajerjes hasta la batalla de Queronea, transcurrieron ciento once años de paz exterior y de intestinos desastres.

Duraba todavía la tregua de cinco años, cuando los Delficos disputaron á los otros Focidenses la posesion del famoso templo de Apolo: los Espartanos favorecieron con las armas á los primeros; Atenas se declaró por los segundos por consejo de Pericles. Habia este pretendido disuadir á los Atenenses de la guerra contra los Beocios: y luego que en ella quedaron derrotados, creció tanto su popularidad que no le faltaba de rey sino el nombre; y sabía mantenerla prodigando el tesoro público en fiestas ostentosas. Las ciudades aliadas, que se veían obligadas á contribuir para las diversiones de Atenas con un tributo tres veces mayor que aquel en que habian convenido, pasaban de los lamentos á las amenazas; mas Pericles no hacia de esto gran cuenta, persuadido de que si llegaban á alzar la cabeza podria sojuzgarlas, y pagarian así mucho mas. En efecto Tasos, Naxos, Egina, Eubea, Samos y otras de menor importancia se levantaron; pero olvidando que en la union está la fuerza, fueron vencidas una tras otra por Pericles, desmanteladas, obligadas á recibir guarniciones atenienses y á pagar. Pericles guiaba una escuadra de cien naves con la cual recorria las aguas del Peloponeso y del Ponto, para hacer concebir una alta idea de Atenas; esta por su parte ponía al héroe en las nubes; y aquel, gobernando á su capricho, impedía que se notaran los males del gobierno popular, evitaba toda imprudencia, y procuraba hacer creer que se debía á él solo la grandeza de Atenas.

Los aristócratas, sin embargo, no habian cesado de contrariarlo, siendo entre ellos el principal Tucídides, inferior á su émulo en el campo de batalla, superior en el consejo, pero que sucumbía en la contienda, y que condenado al ostracismo, dejó á los magnates sin apoyo y á Pericles dueño absoluto del gobierno. Propagaba este la democracia entre las ciudades aliadas, y principalmente en Samos, que se le entregó despues de nueve meses de asedio; y con sus triunfos llenó el erario, haciendo á Atenas robusta dentro y respetada fuera.

Como para dar testimonio de la primacia de su patria, invitó á que enviasen legados á Atenas para deliberar sobre la manera de cumplir los votos hechos á los extranjeros. Los mas lejanos acudieron á la invitacion; pero los Europeos, advirtiendo que de este modo venia á ser reconocida Atenas por cabeza y centro de las deliberaciones, lo consideraron como un acto degradante, y de ahí comenzaron á fermentar los gérmenes del descontento. Apareció el primer fruto en la disension entre Corinto y Corcira, colonia suya, que habiendo llegado á grande riqueza, toleraba ya mal la dependencia. Habiendo los Corintios enviado á Epidamno (*Durazzo*), colonia de Corcira, socorro contra las correrías de los Bárbaros, los Corcirenses despechados armaron cuarenta naves, derrotaron á los Corintios cerca de Accio, recobraron á Epidamno, dando muy buena cuenta de todos los Corintios que allí cogieron y de las tierras

de sus dependientes aliados y sometiendo ademas la Elide, tierra santa de la Grecia.

Hecho esto, y temiendo la venganza de los Corintios, pidieron y obtuvieron socorros de Atenas, que admitió gozosa la ocasion de afrentar á las provincias septentrionales, y de atraerse la amistad de una isla muy á propósito para los designios que ya fraguaba sobre la Sicilia y la Italia, y para impedir que llegasen socorros marítimos al Peloponeso. Porque, si bien despues de cortas hostilidades, se habia renovado por treinta años la tregua con Esparta, era fácil prever que no duraria mucho entre dos ciudades codiciosas de la supremacia. No queriendo sin embargo los Atenenses romper abiertamente con los Corintios, hicieron solo liga defensiva con Corcira, y cuando esta fué acometida le enviaron diez galeras, que unidas á las ciento diez de aquella isla, alcanzaron una señalada victoria.

Los Corintios, no pensando mas que en suscitar enemigos contra Atenas, instigaron á Pérdicas II, rey de Macedonia, á sacudir la dependencia, y á Potidea, colonia corintia en la Calcídica, llave de las posesiones de Tracia, á negarle el tributo. Acudieron los Atenenses á mantenerla en su deber, socorriéronla los del Peloponeso, trabóse una batalla, y Potidea quedó sitiada por los primeros.

Á una queja suelen seguir otras muchas. Quejóse Megara de que, en castigo de haber protegido á los refugiados, le hubiese Atenas cerrado los puertos privándola de subsistencias; quejóse por su parte Egina de haber sido reducida á esclavitud; otras ciudades alegaron diversos motivos de resentimiento, y Corinto las instigaba á exponer sus agravios á Esparta. Los hombres sensatos de esta no creían prudente atraer sobre sí todo el poder de Atenas; pero los deseosos de guerra prevalecieron. Celebróse en Corinto una conferencia de las siete repúblicas del Peloponeso (permaneciendo neutrales Argos y Acaja), y de las nueve de la Grecia Septentrional, á excepcion de la Acarnania, algunas poblaciones de Tesalia y las ciudades de Naupacto y de Platea que permanecieron fieles á Atenas; y se decretó la guerra para libertar á Potidea.

La tempestad retumbó en Atenas que se halló conducida á tan mal paso por su predilecto Pericles. No cesaban de ridiculizarle los satíricos, asegurando que la causa de aquella conflagracion era Aspasia, corazon de Pericles y deleite de quien la pagaba, la cual se habia irritado con los Megareses porque le habian arrebatado dos doncellas. *Por tres meretrices*, decia Aristófanes, *se conduce á la patria á un precipicio*. Anaxágoras, maestro de Pericles, fué entonces acusado de impiedad y condenado á muerte, cuya sentencia se le conmutó, gracias á la elocuencia de su discípulo, en multa y destierro. Al eminente escultor Fídias, protegido de Pericles, se le acusó de haber sustraído parte del oro que le fuera entregado para la estatua de

430.

Expedición á Egipto 433 433.

448.

447.

446.

Paz de Cimon. 449.

444.

441.

Muerte de Cimon.

435.

Guerra entre Corinto y Corcira.

435.

431.

Sitio de Potidea. 433.

Pálas, y de haberlo empleado en hacer su propio busto y el de su protector, y fué condenado por esta causa. De los amigos de Pericles pasaron las acusaciones á Pericles mismo, pidiéndole cuentas del tesoro público; pero él se defendió indirectamente, haciendo ver, según dicen unos, cuán pobremente vivía en su casa, ú ofreciendo, según otros, pagar de su bolsillo todos los monumentos erigidos en Atenas, con tal que pudiera inscribir en ellos su nombre. El orgullo ateniense no lo consintió: dióse por satisfecho el pueblo con aquella justificación, y cobrando Pericles ascendiente mayor, consiguió decidir á sus conciudadanos á la guerra, y evitar de este modo que le ajustaran cuentas (1).

Rompiéronla los Tebanos acometiendo á Platea que había permanecido fiel á los Atenienses, los cuales la enviaron socorros; primera chispa arrojada en la mina preparada ya desde mucho tiempo antes. Esparta se presentaba en la lucha como tutora de la libertad de Grecia, teniendo de su parte los principales Estados terrestres, el Peloponeso, Megara, la Lócride, la Fócide, la Beocia, las ciudades de Ambracia y de Anactorio, y la isla de Leucadia, aliados libres y exentos de tributo. Atenas, potencia marítima, tenía á su lado las islas de Chio, Sámos, Lésbos y todas las del Archipiélago, exceptuando Mélos y Tera que quedaban neutrales, Corcira, Zacinto, las colonias griegas del Asia Anterior y de las costas de Tracia y Macedonia; y entre las ciudades griegas, las de Naupacto, de Platea y de la Acarnania, la mayor parte obedientes por fuerza á su tiranía.

Para tenerlas sujetas, necesitábase una gran escuadra, y esta no podía sostenerse sin grandes dispendios. Pericles anunció que tenía

Rentas públicas de Atenas.

(1) La guerra del Peloponeso está escrita por Tucídides, el mas grande historiador de la antigüedad; el cual dice: « Los pormenores de esta guerra no me ha parecido lícito contarlos tal como á mí me los contase el primer recien legado, ni tampoco á mi capricho; antes bien he escrito aquellos que yo mismo he presenciado; y todo lo que he contado de oídas ha sido despues de un exacto y maduro exámen. No era cosa por cierto fácil rastrear la verdad, porque no todos los que habían presenciado los hechos hablaban de ellos de igual manera, sino según su simpatía por una de las dos partes, ó según cada cual los recordaba. Quizá mis escritos, por no hallarse en ellos nada que se acerque á la fábula, podrán parecer poco entretenidos; pero los que busquen desnuda la verdad de las cosas pasadas, y de las que, humanamente hablando, deben á su tiempo acontecer poco mas ó ménos del mismo modo, creo que los considerarán de alguna utilidad. Lo cierto es que están compuestos para ser patrimonio de la eternidad, mas bien que disputa escénica de efecto pasajero. » Véase aquí la historia reducida á sus límites humanos.

Añádase Dioniso desde la mitad del libro XII á la mitad del XIII, de donde hasta el fin del libro XV llega á la batalla de Mantinea. Entonces sigue Jenofonte en las Historias, en la Retirada de los diez mil y en el Agesilao.

Del estado de la Grecia, del Egipto y de la Persia en aquel tiempo nos dan importantes noticias las *Athenian Letters, or the epistolary correspondence of an agent of the king of Persia residing at Athens during the Peloponnesian war*. Londres 1741, 2 tom. en 4.º. Dicen que Barthélemy no tuvo noticia de ellas, y que la apreciacion que hacen de los tiempos es mucho mas exacta que la del *Voyage du jeune Anacharsis*. El *Carietes* de Becker es un viaje á Atenas en 329. Véase también Litton Bulwer, *Athenas, su origen, progreso y decadencia*. Londres 1837, 2 tom. en 8.º; brillante pintura hecha con arreglo á muy buenos originales.

en las cajas públicas seis mil talentos, á mas de las inmensas riquezas depositadas en los templos, de las cuales podia echarse mano por razones de bien público. Los ingresos del tesoro de Atenas consistian en seiscientos talentos anuales que pagaban los aliados, en los productos de las aduanas y de las minas de plata del monte Laurio; en el impuesto sobre los extranjeros, y en la contribucion que pagaban los ciudadanos acomodados, entre los cuales los de la primera categoría tenían ademas á su cargo el equipar las naves, y el sufragar el gasto de los juegos y de los espectáculos teatrales. Cálculábase en dos mil talentos las rentas anuales de Atenas; pero una parte de los fondos era dilapidada, no tanto por malversacion de los que los manejaban, cuanto por las pretensiones de la plebe que, á consecuencia de las concesiones de Pericles, vivía casi exclusivamente á cargo del Estado, y por la paga señalada á los ciudadanos que tomaban asiento en los tribunales y en las asambleas.

Esparta, á su vez, puede decirse que ignoraba aun lo que era la hacienda pública, cuya necesidad no llegó á sentir sino cuando aspiró á ser potencia marítima, y trocó por vastas empresas las reducidas correrías á que anteriormente se limitaba.

Sin contar con las guarniciones ni las tropas de las colonias, Pericles podia disponer de doce mil guerreros y trescientas naves. Sesenta mil hombres le oponían los enemigos; de suerte que su plan de guerra debía limitarse á ventilar la cuestion en el mar, cuidarse poco de las tierras devastadas, mucho de los hombres muertos, y no aventurar batallas sino de éxito seguro. Cuando Atenas no era la capital, Temístocles la abandonó á los Persas y venció; el emperador Alejandro abandonó á Moscou en poder de Napoleon, y venció también. Pero ¿cómo podia Pericles resolverse á dejar abandonada la ciudad que tanto había engrandecido y hermozeado? Armó, pues, en ella diez y seis mil guardias cívicos, elegidos entre aquellos que ya habían pasado, ó no tenían aun la edad militar; sin embargo, siendo mucho mas diestro en manejar una intriga que en desenvolver los mortíferos planes de una guerra, procedía con mas timidez que prudencia, mas que como experto capitán, como anciano sin energía.

Los Espartanos, bajo el mando del rey Arquidamas, avanzaban lentamente talando las desiertas campiñas, mientras que las galeras atenienses devastaban las costas del Peloponeso. Esta guerra, que durante veinte y siete años asoló la Grecia y segó la flor de sus valientes, debe considerarse mas que una guerra de gentes, una guerra de principios, en que Esparta estaba á la cabeza de la facción aristocrática y Atenas de la democrática; empleando esta última toda clase de medios para que en los demas pueblos prevaleciese la plebe sobre los magnates, y tratando Esparta de establecer la oligarquía en los pueblos aliados ó vencidos. Guerras de esta especie son por lo general muy desastrosas;

cuanto mas que siendo Atenas fuerte por mar y los aliados poderosos por tierra, era fácil prever que se causarían mutuamente grandes daños antes de resolver la gran contienda.

Cuando los Atenienses atacaban las costas de los aliados, acudían estos á su socorro dejando el Ática libre; pero pronto volvían con nuevos refuerzos, de suerte que por espacio de tres años mas bien fué aquello un merodeo que una guerra. Tenían paz durante el invierno, ó por mejor decir se preparaban en él para nuevas batallas, y hacían solemnes exequias á los que habían muerto por la patria.

Peste de Atenas. 430.

Devastada la campiña de Ática, hubo de amontonarse la gente en la ciudad, sufriendo los apuros de falta de habitaciones y de víveres que lleva consigo una afluencia extraordinaria de personas. Siguiéronse de aquí penurias, dolencias y muertes; pero quedaba todavía un azote mas terrible, la peste. Esta, saliendo de la Etiopia, despues de haber asolado el Egipto, puso el pié en la Grecia, principiando en el Pireo, mas expuesto al contacto de los forasteros, y desprovisto de lazaretos, que una época mas civilizada instituyó despues, y que pretende destruir la nuestra. En aquella poblacion abarrotada con largos padecimientos, amontonada no solo en las casas, en los templos y en los teatros, sino también en las torres, y en el espacio que dejaban las almenas y los baluartes á lo largo de la muralla del Pireo, se encarnizó terriblemente el contagio, que con síntomas tremendos é irremediables arrastraba sus víctimas al sepulcro. ¡Mas ah! ni aun al sepulcro eran conducidas; porque la gran mortandad hacía impracticable aquel piadoso y saludable servicio; yaciendo amontonados los cadáveres por las calles y las plazas según habían caído ó habían sido arrojados á ellas, ofreciendo á la vista un repugnante espectáculo, contaminando el aire, y añadiendo nuevo pasto á la voracidad del mal. Toda clase de supersticiones, de desórdenes y actos brutales vinieron á exacerbar aquel estrago. Dijose que los enemigos habían hecho envenenar las fuentes, y ¡ay de aquellos sobre quienes recayó esta sospecha! Parecía que los Griegos, con brutales placeres, no aspiraban sino á gozar de la vida tanto mas ávidamente, cuanto con mas rapidez se les escapaba: viéronse al lado de los ejemplos mas sublimes de compasion ejemplos de la mas refinada impiedad. Morriase blasfemando, y si se alzaban los ojos al Cielo era para maldecirlo por confundir al inocente con el culpado. Dos años, mas ó ménos, se encruceció en Atenas la peste, que se renovó despues, y que arrebató unos cinco mil hombres de los alistados para la guerra; calcúlese la mortandad de las clases restantes.

Muerte de Pericles.

Pericles, poco feliz en algunas de sus empresas, acusado de haber difundido con sus expediciones el contagio, decayó de la gracia del pueblo, que lo depuso y le multó. Resituyóle su eleccion el favor de sus volubles conciudadanos, pero por poco tiempo, y despues de haber

visto morir á todos sus hijos, y envuelta la patria hacia ya dos años y medio en una guerra desastrosa producida por su ambicion, fué acometido también de la peste. Rodeando el lecho de su agonía, recordaban los amigos su grandeza y sus triunfos cuando él los interrumpió diciendo con voz pagada: *En esos triunfos tuvieron parte los capitanes, los soldados, la fortuna: lo que me consuela en este momento, es el no haber hecho vestir luto á ningun ciudadano.*

¿Procuraba de este modo engañar á su propia conciencia ó burlarse de la posteridad? Difícil era tanto uno como otro.

Su muerte infundió audacia á los enemigos, que como es natural se aprovechaban de las desdichas de Atenas. Ensanchóse el teatro de la guerra cuando los Atenienses se aliaron con los reyes de Tracia y de Macedonia, mientras Esparta pensaba confederarse con la Persia; y los siete años que siguieron á la muerte de Pericles apenas nos demuestran otra cosa sino lo mucho que el hombre vale cuando se trata de hacer daño á sus semejantes. Los de Platea se habían rendido á condicion de salvar las vidas, pero los Espartanos, aunque reputados entre los Griegos como ejemplo de probidad (1), por complacer á Tebas, hicieron matar judicialmente á doscientos de los principales (2), y demoler la ciudad. En Potidea los sitiados se vieron reducidos á tal extremo, que tuvieron que alimentarse de carne humana. Esparta, temiendo que los flotas se levantaran en aquella ocasion, fingió dar la libertad á dos mil de los mas señalados por su valor: adornados de flores fueron conducidos alrededor de la ciudad, y en seguida enviados adonde no volvió á oírse hablar mas de ellos (3).

Ni aun al sagrado carácter de embajador se

(1) Tucídides, III, 57.

(2) Los de Platea decían á los Espartanos: « Es fácil cosa destruir nuestros cuerpos; pero ningun esfuerzo alcanzará á que borreis esta infamia; porque en nosotros no castigáis á los enemigos, sino hombres benévotos que se vieron precisados á guerrear en contra vuestra... Volved la vista á las tumbas de vuestros padres, que muertos á manos de los Medos, y sepultados en nuestro suelo, honrábamos públicamente todos los años con ostentosas exequias. Las primicias de cuanto producen nuestras campiñas en las varias estaciones, les eran ofrecidas por nosotros, no solo de buen grado, como frutos de una tierra de ellos tan querida, sino como á camaradas y aliados nuestros... Si nos matarais y convirtierais este territorio de plateense en tebano, ¿qué otra cosa hariais sino dejar en tierra enemiga y en poder de sus matadores á vuestros padres y parientes privados de las honras de que actualmente gozan? ¿Tendriais corazon para sumir en la esclavitud aquella tierra donde los Griegos consiguieron la libertad? ¿para dejar desiertos los templos de aquellos dioses á quienes invocaban cuando derrotaron á los Medos? ¿para abolir los sacrificios patrios de aquellos que fundaron y erigieron estos mismos templos? » Tucíd., III, 58.

(3) « Habiendo ya usado los Lacedemonios muchos arbitrios para mantenerse á cubierto de las sublevaciones de los flotas, entonces que estos eran muchos y jóvenes, y les causaban por tanto bastante temor, recurrieron á la siguiente estratagemata. Anunciaron que aquellos que tuviesen la pretension de haber sido los mas valientes en las cosas de la guerra y en pro del Estado, se separaran de los demas y serian declarados libres. Era esta una añagaza para descubrirlos, porque pensaban los Lacedemonios que aquellos que hubiesen presumido ser los primeros en obtener la libertad, tendrian también mayor arrojo que los restantes para acometerlos. Habiendo de este modo entre-

tenia consideracion por una ni otra parte; como si pretendieran los combatientes cortar todo medio de reconciliacion. Lésbos, la isla mayor y mas importante del Égeo, contaba muchas ciudades florecientes, y la principal entre ellas Mitilene, que, despues de reducida toda la isla á un Estado comun, tuvo desavenencias con Metimna y con las otras ciudades, á las cuales sometió con toda la isla y con parte de la Troade. Célebre ya por el refinamiento con que allí se vivia, no ménos que por haber sido cuna de Arion, Terpandro y Metimno, y despues de Safo y de Alcedo, gozaba tambien de fama por haber recibido leyes de Pitaco, uno de los siete sabios (1). Despues de la guerra de Média se alió con los Atenenses; pero como estos abusáran de su poder, los de Mitilene prefirieron la guerra libres á la paz esclavos. Los Atenenses los redujeron sin embargo á tal extremo que tuvieron que capitular. Habia sucedido á Pericles en la autoridad Cleon, hombre de poco valor, pero de aduladora locuacidad, é insustancial demagogo, que no sabia mas que sugerir resoluciones violentas; y que á veces arrojando los peligros sin conocerlos, los superaba; hombre en fin á quien la fortuna habia podido hacer vencedor, pero no buen general. Este, pues, persuadió á los Atenenses que debia darse un solemne ejemplo degollando á todos los ciudadanos de Mitilene, y reduciendo á perpétua esclavitud á las mujeres y á los niños (2). Prevaleció esta opinion y se mandó llevarla á cabo; pero Diodato, en nueva reunion, supo despertar los buenos sentimientos

427.

» sacado hasta dos mil, los pasearon adornados de gairnal-
» das en derredor de los templos como se acostumbraba con
» los libertos; pero poco despues los hicieron desaparecer sin que nadie supiera con qué género de muerte,
» y despacharon prontamente setecientos de los otros
» cubiertos de pesadas armaduras, bajo el mando de Brasidas,
» das, que lo deseaba ardientemente, y que se proporecionó
» con el sueldo otras milicias del Peloponeso. » Tucídides
IV, 80.

(1) Máximas de Pitaco :

« Bueno es aquel gobierno donde no se teme al príncipe y solo se teme por su vida.

« Poder hacer daño es gran tentacion para hacerlo. (ALFIERI).

« En la prosperidad procura amigos : en la adversidad ponlos á prueba.

« Procura prever las desgracias para evitarlas; cuando sobrevengan, súfrelas.

« No publiques tus proyectos para no caer en ridículo si te salen mal. »

Pitaco castigaba doblemente el delito cometido por un borracho, tal vez con el objeto de atajar el vicio de la embriaguez que alimentaban allí los exquisitos vinos de Lésbos.

(2) Decia él : « Me maravillo de que haya quien ponga en cuestion el asunto de los de Mitilene y que suscite dilaciones que redundan mas bien en ventaja del ofensor ; pues que de esta manera el ofendido lo persigue con ménos calor y enojo, mientras la venganza, cuando sigue de mas cerca á la injuria, moviendo con un ímpetu igual, toma de ella el desquite con el mas severo castigo.... La culpa es vuestra, ya que vosotros sois los que trastornais en tales cuestiones la forma; vosotros que soleis sentaros en la asamblea como espectadores de las palabras y auditorio de los hechos; vosotros que miráis las cosas del porvenir como posibles por los discursos de los que hablan bien; y en cuanto á las pasadas, dais crédito no á lo que habéis visto con vuestros propios ojos, sino á lo que oistéis de boca de aquellos que os reconviene con desenfado. Bonifimos para dejaros engañar con la novedad de un discurso, no para seguir lo que está universalmente recibido como

de los Atenenses, y se despachó á toda prisa una galera trirreme que afortunadamente llegó en el momento en que se estaba leyendo el decreto, y se iba á proceder á ejecutarlo. El castigo se redujo á degollar poco mas de mil de los principales ciudadanos, dismantelar la ciudad, tomar las naves, y repartir los terrenos entre los Atenenses ; y hacer tributarios los restantes ! ¡ Estas deliberaciones se tomaban quizá en la misma plaza donde se habia erigido el altar de la piedad !

Una porcion de prófugos de Pilos, unidos á los Corcirenses, contrarios á la faccion de Atenas, huyeron á una colina, y despues de una obstinada defensa capitularon á condicion de ser trasportados á la isla de Pitquia, hasta tanto que Atenas decidiese de su suerte; pero si uno solo de ellos tratára de fugarse, quedaria nulo el convenio. Cierto Corcirenses del partido de Atenas les ofreció de intento los medios de escaparse, induciéndolos ademas con falsas alarmas : algunos que le creyeron fueron cogidos en la fuga; y Tucídides confiesa que los generales atenenses no eran extraños á esta supercheria. En su consecuencia fueron todos encerrados en un vasto edificio, de donde los sacaban por veintenas, y haciéndolos pasar por entre dos filas de hoplites (*), los inmolaban : cuando los últimos que quedaban, se negaron á salir, descubrieron el techo del edificio, y los concluyeron allí con piedras y con dardos. Así se pasó toda la noche, y á la madrugada los sacaron fuera de la ciudad, y Corcira quedó pacificada (1).

« Si á lo dicho se añade que los Atenenses en plena asamblea decretaron cortar la mano á todos los prisioneros que cogiesen, á fin de que

» bueno, sois esclavos siempre de lo extraordinario y despreciables de lo comun; ansiosos todos de ser tenidos por buenos oradores, si no con el fin de rivalizar con quien lo es, á lo ménos para que no parezca que os dejais arrastrar por la opinion ajena; anticipándoos siempre á elogiar á cualquiera que vaya á decir algo ingenioso; pronotos á adivinar el pensamiento de quien habla, pero torpes en prever las consecuencias; gente que buscáis un estado de cosas, opuesto, por decirlo así, á aquel en que vivimos; ineptos para discernir bien lo presente; en suma, esclavos del deleite del oído; que mas bien parece que os sentáis á escuchar á gárrulos maestrillos, que á deliberar acerca de la salvacion de la patria. De cuya apatía pretendiendo yo sacaros, protesto que son los de Mitilene reos contra nosotros del crimen mas atroz que pueda cometer una sola ciudad... No debe pues dárselos nueva coyuntura para que con la elocuencia en la cual se fian, ó mediante el dinero, puedan conseguir su perdon, como si hubieran humanamente faltado, etc., etc. » Tucídides, lib. III, 38, 39.

(*) Soldados de infanteria que llevaban armas pesadas.

(N. del T.)

(1) « Los Corcirenses no pensaban forzar las puertas; pero subiendo al techo y rompiendo las vigas, lanzaban contra los prisioneros tejas y dardos. Defendiáanse los de abajo como podian, y muchos se daban la muerte con sus propias manos, ó clavándose en el cuello los dardos que de arriba les arrojaban, ó estrangulándose con cuerdas que sacaban de una especie de colchones que habia allí casualmente ó con girones de sus propios vestidos, de modo que durante gran parte de la noche que siguió á tan gran desastre, ó dándose ellos la muerte, ó recibiendo de los proyectiles que les lanzaban, perecieron de todas maneras. Cuando vino el dia, los Corcirenses los arrojaron confusamente en unos carros, y los trasportaron fuera de la ciudad, haciendo esclavas todas las mujeres cogidas en el fuerte. De este modo fueron los Corcirenses del monte destruidos por la faccion popular. » Tucíd., VI, 47.

no pudieran manejar el remo, se tendrá una triste idea de su ponderada cultura, y una medida exacta de los horrores á que debian entregarse en las batallas y en las invasiones.

Sigamos la narracion de aquellos desastres. Mil doscientos cincuenta Corcirenses quedaron prisioneros en poder de los Corintios; y cuando aguardaban un tratamiento inicuo, le recibieron enteramente contrario, queriendo los Corintios demostrarles con esto cuán preferible era su amistad á la dominacion de Atenas. De vuelta los Corcirenses á su patria, trataron de separarla de su buena inteligencia con Atenas; pero viéndose contrariados por los demócratas, entraron en el Senado y dieron muerte á sesenta senadores de los mas favorables á los Atenenses, logrando los restantes salvarse en Atenas. En medio de esta confusion llegan los Espartanos; hombres y mujeres los resisten intrépidamente; las llamas devoran media ciudad; acuden refuerzos de una y otra parte, y se traba una larga y sangrienta batalla entre los ricos y la plebe, hasta que esta logra pasar brutalmente á cuchillo á sus contrarios.

No, pues, por la victoria, sino por la destruccion de la parte mas bella del mundo, parecia que se sustentaba aquella guerra, que carecia completamente de pensamiento ó designio general. Brasidas, Espartano, uno de aquellos grandes generales que suelen producir las revoluciones, viendo que nada definitivo se podia esperar en los mares de la Grecia, se volvió á la Macedonia, y haciendo con ella una alianza contra los Atenenses, redujo muchas ciudades de la Tracia, tomó á Anfipolis, rica en maderas de construccion, y trataba de conquistar á Tásos, abundante en minas de oro. Tucídides, que habia defendido mal á Anfipolis, fué desterrado; y Cleon, enviado con nueva escuadra, empeñó una batalla en la que tanto él como Brasidas murieron, quedando la victoria por los Espartanos; victoria demasiado cara, pues les costaba un tan gran general.

424.

422.

Los Atenenses, descorazonados, pidieron la paz. Á la paz se inclinaba tambien Nécias, capitán prudente al mismo tiempo que valeroso, á quien la muerte de Cleon dejaba el primer lugar en Atenas, hombre puro y modesto en sus costumbres privadas, de mucho valor personal, pero no de tanta resolucion y energía en los momentos críticos. Á persuasion suya, se concertó una paz de cincuenta años; pero las causas de la guerra subsistian en pié; las quejas no cesaban, y era fácil prever que se renovarían las hostilidades tan luego como se le antojase á cualquiera ambicioso.

Paz de Nécias.
421.

Alcibiades.

Este ambicioso fué entonces Alcibiades, sobrino de Pericles. Hallándose un dia su tío pensando seriamente en el modo de rendir las cuentas que le pedian sus conciudadanos, Alcibiades le dijo : *En lo que debias pensar mas bien era en el modo de no rendirlas.* De esta suggestion (que fué muy bien aprovechada) se podia deducir ya entonces la índole de aquel jóven, en quien la intriga y la vanidad ocupa

ban el lugar de la verdadera habilidad y del patriotismo.... Bello, rico, elocuente, instruido, recomendado al pueblo por la memoria de Pericles, debia estar adornado de rarísimas cualidades, pues que Sócrates lo amó tiernamente, le salvó la vida en la batalla de Potidea, y empleó todos los medios posibles para hacerle progresar en el bien. Pero quizá con el maestro emplearia él aquella versatilidad con la cual sabia manifestarse unas veces el hombre mas santo, y otras el mas corrompido. Vivia entonces en Atenas Timon, hombre extravagante, que se intitulaba el Misántropo porque hacia profesion de odiar á la raza humana. Presentóse un dia en la tribuna : grande silencio, gran atencion : ¿ qué vendrá á proponer el misántropo ? Habló este y dijo : *Ciudadano, tengo en el corral de mi casa una higuera, que trato de arrancar de raíz; pero antes he querido advertiroslo por si hubiese alguno entre vosotros que haya pensado ahorcarse en ella para que se dé prisa á hacerlo.* Este, pues, conoció de antemano lo perverso que habia de llegar á ser Alcibiades, y se congratulaba de ello considerándole como causa de la ruina futura de Atenas. Y tal, en efecto, podia llegar á ser aquel hombre que con sus arranques ingeniosos sabia hacerse perdonar sus iniquidades. Cuando meditaba un designio del cual queria distraer la atencion pública, exponia al público un bellissimo cuadro en el cual estaba él retratado desnudo entre los brazos de desnudas cortesanas. Sabiendo que se murmuraba de su vida licenciosa, hizo cortar la cola á un hermoso perro que le habia costado una cantidad equivalente á tres mil quinientos francos, y nadie habló ya sino del perro de Alcibiades y de su cola cortada. Bien conocia él al vulgo. Persuadido de que el único medio de conservar la primacia en su patria era lanzarla á la guerra, se opuso al parecer de Nécias, haciéndole ademas sospechoso de connivencia con los Espartanos, y tomando ocasion de la tardanza de estos en evacuar á Anfipolis, hizo romper de nuevo las hostilidades. Atenas se alió con los Argivos; Esparta con los Tebanos, Corintios y Megareses; y hubiera vencido á su enemiga, si hubiese tenido un general ó si se hubiese fiado de él; pero Esparta desconfiaba aun de los mejores, y al rey Ágis lo rodeaba de seis éforos autorizados para oponerse á lo que él dispusiera, haciendo infructuosa por este medio la empresa. Por esta causa la guerra se limitó durante tres años á socorrer alternativamente unos y otros á sus respectivos aliados, hasta que la batalla de Mantinea, ganada por los Espartanos, hizo sucumbir el partido de Atenas y los ambiciosos designios de Alcibiades.

Habian pretendido los Atenenses que la isla de Mélos se les sometiera, y á los enviados de esta les dijeron en plena asamblea que al fuerte le tocaba dominar al débil, que así lo tenia dispuesto el Cielo. Razonos tan peregrinas no convencieron á los isleños, y trataron de mantenerse neutrales; por lo cual, atacados y ven-

Nueva guerra.

419.
415.

Destruccion de Mélos.